

# Epifanio Mejía

María Cristina Restrepo

**E**pifanio Mejía, a quien sus contemporáneos conocían como “El loco Mejía”, o “El poeta triste”, vivió más de la segunda mitad del siglo XIX y el primer decenio del XX en un país herido por las guerras civiles, las casi imposibles comunicaciones entre las regiones, los odios partidistas, la pobreza marcada por la dificultad de sus gentes para acceder a una educación. Si queremos comprender la magnitud de su legado, es preciso imaginar lo que significaba escribir en esas condiciones históricas, además de tener en cuenta su dolorosa realidad personal. Preguntarse por qué y para quién lo hacía el poeta que tanto amó la libertad de sus montañas antioqueñas y que pasó más de media vida confinado en un manicomio, sujeto a los indudables horrores de la cotidianidad entre otros seres humanos privados de la razón, a los prejuicios que ocasionaba su enfermedad, a la falta de conocimientos psiquiátricos. Sin duda el autor de “La tórtola” y “El canto del

antioqueño”, de “La muerte del novillo” o “A Anita”, cumplía de manera rigurosa con su destino de bardo atenazado por la desgracia, dando rienda suelta a una extraordinaria capacidad para expresar la nostalgia, el sentimiento de soledad que acompaña a todo hombre, el amor por su tierra, por la mujer, la admiración ante la belleza, hasta alcanzar lo que pocos logran: la maestría.

Su infancia, transcurrida en una finca cercana a Yarumal, lugar de su nacimiento en 1838, el contacto sensible con un paisaje todavía libre de las huellas del hombre, influyó de manera decisiva en el lirismo de sus poemas, en los delicados sentimientos que expresa con la fuerza de la palabra justa. En medio de los bosques y cañadas de su tierra natal, Epifanio Mejía realizó un aprendizaje que habría de compensar la falta de una educación escolar completa, a la que se sobrepuso también con el ejercicio constante de la lectura, con el intercambio intelectual en las tertulias literarias.

Pero no todo es lirismo y delicadeza en su poesía. Trasladado a Medellín a los diecisiete años, el joven poeta se vio obligado a atender durante un tiempo los negocios comerciales de la familia, y a ser testigo de la triunfante revolución del general Tomás Cipriano de Mosquera, a la cual se opuso. Al igual que sus paisanos, debió padecer los rigores de la guerra civil desatada entre los conservadores, opuestos al régimen del caucano, y los liberales que lo apoyaban. Su poema de tonos épicos, “Antioquia o la mano de Dios”, cuenta precisamente lo ocurrido en las batallas que asolaron los campos y sembraron la desdicha en su amada región.

Resulta paradójico que el hombre que tan bellamente cantó a la libertad, muriera recluido en el Hospital del Bermejil en 1913. Sin embargo, no hay que pensar en la locura sino en la fortaleza que le permitió escribir y recopilar una magnífica obra poética, formar una familia, gozar del aprecio de sus numerosos amigos. Entre ellos Juan de Dios Uribe, “El Indio Uribe”, poeta, como él, desterrado, no ya por la enfermedad, sino por sus ideas políticas contrarias a La Regeneración.

Seguramente, muchos de quienes hoy cantan las estrofas del Himno Antioqueño en los actos públicos, en las ceremonias oficiales, en los actos conmemorativos, lo hacen sin saber que son los versos del poeta rubio, de frente amplia

y ojos claros, que permitían adivinar las



Epifanio Mejía, foto del Banco de la República, uso libre con atribución de créditos

tormentas que se agitaban en su alma. Epifanio Mejía logró, sin proponérselo, la manera de estar presente en nuestro diario vivir.

**María Cristina Restrepo** es novelista, cuentista y traductora. Ha publicado, entre otros, los libros *La vieja casa de la calle Maracaibo*, *De una vez y para siempre*, *La mujer de los sueños rotos*, *Amores sin tregua*, *Lo que nunca se sabrá*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Mater*.